

## LOU ANDREAS-SALOMÉ Y SIGMUND FREUD: LA LIBERTAD Y EL MAESTRO<sup>1</sup>

Graciela Cardó Soria\*

*A la luz del recuerdo, tengo la impresión de que mi vida se hubiera encaminado al psicoanálisis desde que abandoné los botines de niña, escribía Lou Andreas-Salomé en 1926 (1982, p. 163). Al conocer su vida no podemos dejar de asombrarnos del brillo de esta mujer nacida en 1861 en San Petersburgo, que alumbró mentes y almas de hombres notables, pero sobre todo la suya propia.*

En su diario (2001) —en el que consigna parte de la correspondencia con el maestro, así como sus pensamientos íntimos— podemos ver el surgimiento y desarrollo de la amistad con Freud, y vislumbrar uno de los aspectos que más la caracterizó, cautivando a quienes la conocieron: la dimensión de su libertad. Este relato pretende ser también una enseñanza: compartiré cómo Lou Andreas-Salomé se encontró con el psicoanálisis y con Freud, sus elecciones, su aprendizaje. La amistad que surge entre ellos espera ser graficada a partir de cómo se hablan, se escriben, se miran. El vínculo afectivo e intelectual entre ellos nos enseñará una dimensión no muy conocida o divulgada en Freud: la ternura y la aceptación.

### Lou y Freud

Louise, Liolia (versión rusa de Louise), fue la menor de cinco hermanos que la adoraban y le enseñaron a amar tiernamente a los hombres. Fiel a su costumbre de hacer siempre lo que quería, entre los 16 y 17 años decidió estudiar filosofía con el pastor Gillot. Es a él a quien debemos el diminutivo de Lou. Pero, ¿quién era Lou? Ella nos dirá acerca de sí misma:

---

1 Ponencia del XIV Congreso Peruano de Psicoanálisis: Vínculos y Soledades. Sociedad Peruana de Psicoanálisis. Lima, setiembre 2015.

\* Psicoanalista de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis. Maestría en Estudios teóricos de Psicoanálisis por la Pontificia Universidad Católica del Perú.  
<graciela.cardo@hotmail.com>.

*...ni puedo ajustarme a un modelo ni ser modelo para nadie; pero puedo, eso sí, formar mi propia vida a mi manera y esto es lo que voy a hacer, cualquiera que sea el resultado.* (Giroud, 2004; p. 31).

Fue una mujer independiente como muy pocas pueden incluso hoy serlo: escogió cómo llamarse, cuándo y a quién amar, qué y con quién pensar; trabajó y siempre —real y metafóricamente— pagó las cuentas de las habitaciones en las que se alojó en sus muchos viajes. Esto nos hace pensar en la relación existente entre la independencia y autonomía de las mujeres y su capacidad financiera, recordándonos a Virginia Woolf y lo que planteaba en *Una habitación propia: Una mujer necesita dinero y una habitación propia para dedicarse a la literatura* (2014, p. 10). La libertad para la creación de un libro, de una carrera, en fin, de una vida, requiere de ese importante ingrediente y Lou supo hacerlo, tenerlo y manejarlo, así como tuvo y manejó su propia existencia.

En 1911, a los 50 años asiste al congreso de Weimar. Meses después escribe a Freud pidiéndole asistir a sus clases. Él la acepta de inmediato y le responde:

*Cuando venga a Viena todos nos esforzaremos por hacerle accesible lo poco que del psicoanálisis puede ser mostrado y comunicado. Yo había interpretado ya su participación en el Congreso de Weimar como un presagio favorable.* (Andreas-Salomé, 2001; p. 18).

Lou deviene discípula y par, amiga y confidente, musa e interlocutora intelectual del fundador del psicoanálisis. Respecto a las reuniones de los miércoles, donde ocupaba un lugar privilegiado, decía:

*Freud me hizo sentar a su lado y dijo algo muy cariñoso... durante la discusión intercambiábamos observaciones en voz baja... la grandeza de este hombre está en que personifica al investigador, en que avanza en silencio trabajando sin reposos.* (Ibid, p. 26).

Por esa época decide asistir también los jueves al seminario con Adler, quien en ese entonces ya se había separado de Freud. Para sorpresa de muchos, Freud acepta esta situación escribiéndole:

*...no me ha pasado por la mente, estimada señora, el imponerle a usted semejantes condiciones (que escoja entre un grupo u otro). Tan sólo solicito de usted que, teniendo en cuenta la situación, haga suya una división psíquica artificial y no mencione allí su presencia entre nosotros, y a la inversa.* (Ibid, p. 31).

Al mes de iniciado el curso ya era invitada a la casa de Freud, quien con delicadeza y ternura le escribe el 10 de noviembre de 1912:

*No sé si sus costumbres le permitan una discusión después de las 10 de la noche; mi tiempo libre no empieza antes. Si decide hacerme el honor de una visita a hora tan avanzada, me comprometeré con agrado a acompañarla hasta su casa. (Ibid, p. 35).*

Como bien señala Jones (1981), Lou —quien fue para él *una mujer dotada de un notable olfato para los grandes hombres*— ocupó el lugar de mujer inteligente, de carácter sereno y elevado, *que consideraba superior al suyo*. Fue ese tipo de mujer que Freud siempre tuvo cerca y que le brindaba gran satisfacción y tranquilidad. Así, no dudaba en escribirle reclamos de amor ante una inasistencia a los miércoles:

*... ayer la eché a faltar en clase y me alegra saber que su visita al campo de la protesta masculina no es la causa de su ausencia. Tengo la mala costumbre de dirigir mi exposición a alguna persona concreta entre mis oyentes y no dejé ayer de fijarme, como fascinado, en el asiento vacío que había reservado para usted. (Andreas-Salomé, 2001; p. 35).*

O en otra ocasión decirle:

*... siento tener que contestar por escrito su amable carta... no estaba y hablé con inseguridad... Ud. nos mima, saca lo mejor... (Ibid, p. 96).*

### **Cómo la pensaba Freud**

En una carta del 23 de marzo de 1936, Freud escribía:

*En nuestra relación respectiva con cualquier tema, nada ha cambiado. Yo toco una melodía muy simple en la mayoría de los casos, y Ud. proporciona las octavas superiores; yo separo una cosa de otra, y Ud. reúne lo separado en una unidad superior. Yo presupongo silenciosamente las condiciones de nuestra limitación subjetiva, y Ud. atrae deliberadamente la atención sobre ellas. En conjunto, nos hemos entendido bien y somos de la misma opinión, sólo que yo tiendo a excluir todas las opiniones menos una, y Ud. en cambio a fundirlas en una sola. (Andreas-Salomé, 1982; p. 18).*

El maestro admiraba la capacidad de síntesis de su discípula, la toleraba y disfrutaba con ella. Le elogiaba su *inverosímil agudeza de percepción, su avance hacia la síntesis de aquello que la investigación había separado*. (Andreas-Salomé, 2001; p. 128). Esa cualidad causaba impacto quizás debido a que su tendencia a la síntesis provenía de sus mismas fuentes narcisistas, las que reflejaron en su vida la *doble dirección del narcisismo*, una hacia la individuación y otra hacia la fusión con el todo. Freud admiraba y necesitaba también del optimismo de Lou; Jones (1981) relata que en la depresión que padeció Freud en tiempos de la Primera Guerra Mundial, le escribía a su amiga pidiéndole: *¿Habrá alguna palabra de confortamiento para mí?... Nunca pude compartir, por eso, el gozoso optimismo de usted* (Jones, p. 187).

Ante la muerte de Andreas-Salomé, Freud escribiría una carta abierta:

*Claramente sabía dónde hay que buscar en la vida los verdaderos valores. Los que estaban más próximos a ella tuvieron la más intensa impresión de la autenticidad y de la armonía de su naturaleza y pudieron descubrir con asombro que todas las fragilidades femeninas y tal vez la mayor parte de las fragilidades humanas le eran ajenas o habían sido dominadas por ella en el curso de su vida... Mi hija, que era íntima amiga suya, le oyó una vez lamentarse de no haber conocido el psicoanálisis en su juventud. Pero, después de todo, en aquellos tiempos no existía tal cosa.* (Freud, Carta de febrero de 1937. En *Obras Completas*, Tomo III; p. 3338).

### Cómo lo pensaba Lou

Ella sabía, conocía lo importante que era para Freud. La siguiente frase refleja ese saber: *no intervengo nunca, a no ser que no pueda aguantarme*, y *Freud retoma mis palabras en la discusión* (Andreas-Salomé, 2001; p. 41). Se sintió “obsequiada” por el psicoanálisis, y a sus 50 años, se encontraba libre para recibirlo. No acude a éste por algún problema emocional, lo encuentra y lo toma; *un regalo de Navidad*, decía Freud, era el psicoanálisis para ella. El regalo era también aquel hombre, quien, al ser contemplado, le emanaba en su mirada una inteligencia sosegada e intensa.

A lo largo de su obra princeps *El narcisismo como doble dirección* (1921, ed. 1982), reconoce y agradece constantemente a Freud el haber descubierto el psicoanálisis.

*...el descenso por ambas partes, a zonas de horrores múltiples, el percatarse, por ambas partes, de la unidad de lo abyecto con lo más valioso de nosotros.*

*La caída tanto de la pusilanimidad con el orgullo ante una inocencia final y una compenetración del ser de todos, esto se puede experimentar aquí y solamente aquí, y se convierte en algo parecido a una visita a la más remota región de la infancia. (Ibid, p. 167).*

Este descenso, como lo hiciera Dante con Virgilio, pudo hacerlo Lou de la mano con Freud. Aguda y vanguardistamente planteaba que el psicoanálisis era:

*...un retorno a sí mismo, que se lleva a cabo en el camino hacia algo que pese a ser él, es también más que él: se le presenta a fin de transformarse... a partir de lo más olvidado y familiarmente primigenio... con cuidado elijo estas fuertes palabras: la curación es un acto de amor, el psicoanálisis no es más que una maniobra de desanudamiento. (Ibid, p. 183).*

Cabe destacar que afirma, como se hace hoy en día, la influencia de un análisis tanto en el paciente como en el analista. El proceso psicoanalítico entendido como producto del encuentro de dos sujetos con sus asociaciones, recuerdos, fantasías, que crearán sesión tras sesión algo inédito, singular y único, el “Tercero analítico” de Ogden (1994), que producirá efectos de cambios tróficos. Esto ocurre en los dos participantes; analizando y analista participarán—una vez iniciado un psicoanálisis— del mundo interno de cada uno; mundo que va transformándose a través de la escucha específica psicoanalítica en la que los inconscientes pueden conectarse, influirse y modificarse (Ferro, 1998, 2001; Ogden, 1994).

La afirmación del psicoanálisis como acto de amor, ha sido resaltada por muchos autores. Resaltamos a Julia Kristeva y su libro *Historias de amor* (1987) en el que escribe acerca del psicoanálisis y el amor:

*Pues, ¿qué es el psicoanálisis sino una búsqueda infinita de renacimientos, a través de la experiencia de amor que recomienza para ser desplazada, renovada... para su no-muerte?*

La admiración que sentía hacia Freud llevó a Andreas-Salomé a compararlo con Cristóbal Colón en la anécdota conocida como “El huevo de Colón”: al ser éste criticado por unos nobles que se oponían a sus expediciones, Colón tomó un huevo y los retó a que lo pusieran de pie. Nadie pudo hacerlo. Luego lo golpeó suavemente en la mesa y lo colocó de tal modo que quedó de pie

sostenido en el extremo hundido. Análogamente, Freud resolvió para Lou el enigma que ella no pudo resolver en los intercambios filosóficos o artísticos que tanto la enriquecieron. Descubrió lo que parecía imposible de ser comprendido —El Inconsciente— y desarrolló una cura por amor: El Psicoanálisis. Estos, una vez comprendidos y enseñados, pueden resultar familiares y comprensibles. Fue un descubridor, fue un mago que *con su varita mágica (fue) capaz de denunciar aquello que se mantiene reprimido en las zonas subterráneas del ser humano*. (Andreas-Salomé, 1982; p. 165). Lou supo nutrirse de esta magia.

Freud fue también un interlocutor. Ella cuestionaba muchos de sus planteamientos, los refutaba y no cambiaba de opinión. Freud tampoco. Pero se respetaban y reconocían el valor del pensamiento autónomo. Así lo comenta en su diario (8 de diciembre de 1912):

*...visita a Freud, el domingo por la tarde; muy agradable para mí, ya que pudimos hablar de todos aquellos aspectos en los que yo creía que existían divergencias entre nosotros y en los que estamos más de acuerdo, en realidad de lo que parece.* (Andreas-Salomé, 2001; pp. 5).

En su despedida del último Coloquio Vespertino de los miércoles, manifestó parte de lo que el psicoanálisis significaba para ella:

*...quiero agradecer al psicoanálisis el que exija de nosotros algo más que un trabajo de despacho y que me haya conducido a una especie de fraternidad con todos ustedes...eleva al rango de principio vital el más alto galardón de la conciencia, la franqueza...Por todas estas tardes, incluso las aburridas, a quien las hizo posible y a quien les ha consagrado su tiempo presidiéndolas.* (Ibid, p. 118).

En 1913 Lou se marcha a Gotinga a trabajar porque así lo desea. Este hito nos recuerda a la anécdota de la “gata narcisista” que Freud le contara en una de sus visitas dominicales. Esa gata que entró una vez por la ventana del consultorio del maestro y con delicadeza —ante su espanto— se paseó por todas las esculturas míticas que poseía. Se acostumbró a la leche y a los mimos que recibía, pero un día se fue.

Al recibir las rosas que Freud le obsequió, ella le escribió así: *al partir con sus rosas, me alegré de haberlo encontrado en mi camino y haber podido vivir este encuentro como algo destinado a cambiar mi vida.* (2001; p. 120).

## La amistad, en los saludos y despedidas

Si bien el contenido de las conversaciones y cartas reflejan pensamientos y sentimientos, pienso que los breves espacios de las palabras de saludo y despedida, poseen la capacidad de transmitir una comunicación que suele llegar al alma. Nos adentramos en el ámbito de lo que se transmite con gestos y con pequeñas frases que pueden decir más que un discurso entero.

Así se despedía Freud de ella, desde su casa en Viena (18 noviembre de 1915): *Con mi recuerdo cariñoso / Suyo afectísimo / Freud.* (Giroud, 2004; p. 128).

El 13 de mayo de 1924, casi diez años después Freud se despedía nuevamente escribiéndole: *... le habría escrito con todo el alma, ya que por ambas partes nos vemos impedidos de volver a vernos / Suyo / Freud.* (Ibid, p. 131).

Ella le responde en otra ocasión ( 14 de julio de 1929) desde Gotinga: *Con mis recuerdos más afectuosos y el deseo de volvernós a ver, no importa cuándo ni dónde / Suya / Lou.* (Ibid, p. 133).

Cerca a la muerte, en 1935 se escribían estas palabras cariñosas: *Recuerdos muy afectuosos de su Freud.* Lou correspondía: *¿No podré verlo frente a mí durante 10 minutos? ¿Ver la figura paterna que domina mi vida? / Suya / Lou.* (Ibid, p. 136).

## Reflexiones finales sobre una amistad

En su texto *Mi agradecimiento a Freud* —que por cierto él pidió que cambiara por *Mi agradecimiento al psicoanálisis*, cosa que Lou no aceptó—, puede apreciarse como señala Giraud (2004) algo poco común en el movimiento psicoanalítico, una muestra de lo que fue eje en la amistad entre el maestro y la discípula. Me refiero a la aceptación de la libertad para pensar y, por ende, cuestionar, discrepar y convenir: la libertad ante la autoridad.

Esto le permitió escoger a Freud y su causa y no a Adler, quien se lamentó escribiéndole: *¿Puede que mis concepciones sean equivocadas! ¿Pero justifica ello que me sea usted robada?* (Andreas-Salomé, 2001; p. 149).

Esta libertad le permitió regresar a Gotinga convertida en psicoanalista y ejerciendo como tal. Le valió en 1922 ser la primera mujer en recibir el anillo de la Sociedad secreta de los Miércoles y ser llevada por Eitingon al congreso de Berlín ese mismo año a pedido del maestro, quien se lo solicita así: *tráiganos a la incomparable Lou, con su vivacidad a prueba de bomba.* (Giraud, 2004, p. 95).

Y es que su carácter libre de culpas, abrió el camino para que le confiara el cuidado —psíquico y emocional— de su más precioso tesoro, su hija Anna, quien a su lado floreció. En aquel entonces, Anna era una muchacha opacada y depresiva, su padre consideró oportuno presentarlas confiando en que el carácter y la inteligencia fuerte, amable y profunda de Lou, ejercieran influencia en su hija. Y así fue. Anna refiere (2011) que admiró siempre la belleza física y el alma de Lou, su capacidad para cuestionarla a la vez que intercambiaban ideas, las que la ayudaron en diversos trabajos. En sus escritos, suele leerse agradecimientos a su amiga y figura materna, *Loufried* (alegría de Lou).

Le valió el cuidado y protección de Freud. En tiempos de dificultad económica de Lou, él le hizo llegar ayuda, le dio parte del premio Goethe (1930), le regaló un abrigo de pieles al ver el suyo raído, le ayudó reparar su casa, etcétera. Además, Lou Andreas-Salomé fue citada tres veces en sus obras, lo que constituye un caso raro.

Freud había señalado refiriéndose a la relación con su madre, que un hijo amado de tal forma por ésta tiene el mundo ganado (Gay, 1990). Creemos que esta mujer amada por su madre, padre y cinco hermanos, tuvo también la vida ganada. Era “natural” que al encontrarse surgiera entre ellos un vínculo como el descrito. No era “cultural” que se diera de aquel modo, rompiendo roles y estereotipos de género de la época y que pudieran tener esa relación pura como la llamaba Lou, y libre de atracción física, como decía Freud. Se tuvieron el uno al otro, manteniendo la inspiración, el cuidado y la confianza a lo largo de 24 años.

Tal como escribía Andreas-Salomé en su *Oración a la Vida* (1882):

*Igual que cada amigo ama a su amigo / Así te amo yo a ti, vida enigmática / Tanto si me haces gritar de gozo que llorar / Tanto si me das penas o placeres, amo al creador del psicoanálisis, su amigo.*

Freud y Lou se quisieron con profunda ternura y admiración. “El maestro y la libertad” gozaron sin duda de una amistad amorosa plenamente correspondida.<sup>2</sup>

2 En *El narcisismo como doble dirección*, Andreas-Salomé describe la amistad del siguiente modo: *La sensación de cierta asexualidad ante el amigo sería legítima; tendría su origen en un tercer elemento y no en el erotismo recíproco: poco importa que surja de intereses aún infantiles o que prospere hacia otros más altamente espirituales, poco importa que los amigos deseen ser Uno en Dios o, simplemente al coleccionar o pescar. Lo esencial continúa siendo que, sea cual*

## Referencias bibliográficas

- Andreas-Salomé, L. (1882). *Oración a la vida*. Recuperado de: [blogdenotasnietzsche.wordpress.com](http://blogdenotasnietzsche.wordpress.com)
- \_\_\_\_\_. (1921). *El narcisismo como doble dirección*. Barcelona: Tusquets. (1982).
- \_\_\_\_\_. (2001). *Aprendiendo con Freud*. Barcelona: Leartes, S.A.
- Ferro, A. (1998). *Técnica de psicoanálisis infantil*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- \_\_\_\_\_. (2001). *La sesión analítica. Emociones, relatos, transformaciones*. Buenos Aires: Lumen.
- Freud, S. (1937). Lou Andreas-Salomé. En: *Obras Completas*. Tomo II. Madrid: Biblioteca Nueva. (1981).
- Gay, P. (1990). *Freud, una vida de nuestro tiempo*. Barcelona: Paidós.
- Giroud, F. (2004). *Lou. Historia de una mujer libre*. Barcelona: Paidós.
- Jiménez, F., Jiménez, J. (2011). *Anna Freud. Una mujer y un destino*. España: Editorial Club Universitario.
- Jones, E. (1981). *Vida y obra de Sigmund Freud*. Tomo II. Barcelona: Anagrama.
- Ogden, T. (1994). The analytic third-working with intersubjective clinical facts. En: *Int. J. Psychoanal.*, 75: 3.20.
- Woolf, V. (2014). *Una habitación propia*. España: Alianza Editorial.

## Resumen

A partir de la exploración de la correspondencia entre Lou Andreas-Salomé y Freud, se indaga sobre el vínculo de amistad que surge entre ellos tan pronto se conocen. Ella deviene entonces no sólo discípula, sino interlocutora y amiga del fundador del psicoanálisis. El texto expone cómo se veían y pensaban el uno al otro, lo presentes que estuvieron en sus vidas desde 1912 hasta 1937, año en el que Lou Andreas-Salomé fallece. A través de los saludos cariñosos en sus cartas y de las reflexiones de Lou escritas en su Diario, se da a conocer una faceta poco conocida de Sigmund Freud: la dimensión de la ternura, el cariño y la tolerancia a ideas distintas de las suyas. Se muestra a una mujer peculiar y de vanguardia, con una vida que se reflejó siempre en sus escritos y en sus decisiones, una mujer creativa, libre de culpas y libre de elegir el camino que buscó.

**Palabras clave:** Afecto, amistad, cartas, narcisismo, ternura, tolerancia

---

*fuera el grado de amor o reconocimiento con que se valore o, en última instancia, se transfigure al amigo, éste lo será sólo desde este tercer elemento. Capaz a su vez de unír con mayor solidez que el erotismo personal, puesto que desviada del fin sexual de la posesión física a nuestra libido así elaborada se le ofrece un cambio. (pp. 141)*

**Abstract**

*From the exploration of the correspondence between Freud and Lou Andreas-Salomé, the author investigates about the friendship that arises between them soon after they knew each other. Then she becomes not only a disciple, but an interlocutor and friend of the founder of psychoanalysis. The study shows how they looked and thought about each other and how close they were from 1912 until 1937, year in which Lou Andreas-Salomé died. Through the loving greetings in their letters and Lou's reflections written in her diary a little-known facet of Sigmund Freud is unveiled: the dimension of the tenderness, affection and tolerance to ideas different from his. Shows a peculiar and cutting-edge woman, with a life that was always reflected in her writings and decisions, a creative woman, free of guilts and free to choose the path that she sought.*

**Key words:** *Affect, friendship, letters, narcissism, tenderness, tolerance*